

Un paradigma de investigación en psicología social

El texto de Max Weber titulado *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, es un modelo para todos aquellos investigadores que pretendemos inscribir nuestras búsquedas en el campo -a veces movedizo y difícil de definir- que llamamos la «psicología social».

En el mismo título está anunciada la naturaleza psicosocial de la investigación de Weber. El origen etimológico de la palabra psicología nos remite al estudio del espíritu, entendido como la dimensión inmaterial del ser humano, de acuerdo con la distinción platónica de *psique* y *soma*, sobre la cual se han edificado los discursos occidentales sobre el espíritu: los religiosos, los filosóficos y los científicos. La psicología, en el sentido clásico del término, se ocupa de la psique o espíritu individual y sus manifestaciones, como el comportamiento. La psicología social se ocupará de los múltiples nexos entre lo psíquico y lo social. Una de estas articulaciones tiene que ver con aquellos fenómenos colectivos en los que es posible aislar un determinado rasgo común en un grupo humano, verbigracia la confesión de un mismo credo o la pertenencia a una misma ideología y sus efectos sobre la conducta de sus integrantes.

En el título de la obra de Weber tenemos dos sustantivos que son categorías psicológicas: “ética” y “espíritu”, cada uno de ellos precisado por sendos adjetivos, que se refieren a fenómenos sociales; uno de ellos referido al ámbito religioso: “protestante”, y otro al económico: “capitalista”. En ambos casos se trata de fenómenos colectivos.

Este texto, es considerado una de las obras clásicas de la sociología y ha sido objeto de múltiples comentarios en función de su valor sociológico. En este breve ensayo haremos un comentario sobre el contenido y a la significación del texto para la psicología social y procuraremos centrarnos en los aspectos metodológicos que el mismo autor nos revela respecto de su trabajo.

Este texto de Weber constituye uno de los gestos más audaces en la historia de las ciencias sociales del siglo XX, ya que significa, nada menos, que un debate con uno de los postulados fundamentales del marxismo, en el momento en que esta teoría tenía un auge importante en círculos académicos europeos y era la base sobre la que se apoyaban importantes movimientos sociales; todavía no había sufrido el desgaste que presenta actualmente, un siglo después. El autor es abierto y radical al comienzo del texto –incluso provocador–, como una estrategia expositiva, que permite al lector situarse claramente en su debate contra “la idea del materialismo histórico ingenuo, para el cual las “ideas” son “reflejos” o “superestructuras” [1] de situaciones económicas en la vida” [2].

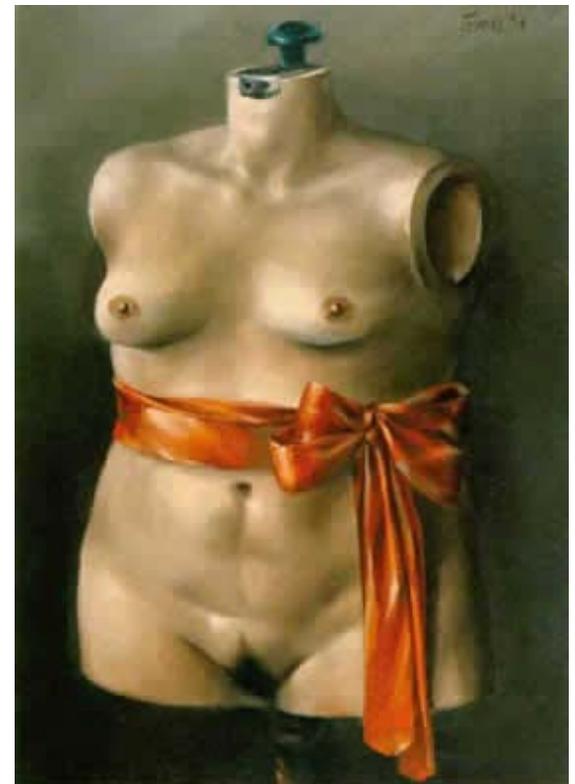
Después de hacer una crítica rigurosa al postulado marxista de la determinación de la infraestructura económica sobre producciones culturales –como la religión y la ética–, y demostrar la influencia que tuvieron el dogma calvinista de la predestinación y la ética que se derivó de este, sobre la forma particular que tomó el capitalismo occidental, el autor matiza su planteamiento y deja las cosas en su lugar: “nuestra intención no es tampoco sustituir una concepción unilateralmente “materialista” de la cultura y de la historia, por una concepción contraria de unilateral causalismo espiritualista. Materialismo y espiritualismo son dos interpretaciones igualmente posibles, pero como trabajo preliminar; si, por el contrario, pretenden constituir el término de la investigación, ambas son igualmente inadecuadas para servir la verdad histórica” [3].

Hay varias lecciones que podemos tomar de estos dos pasajes mencionados los aprendices de investigadores en psicología social, en especial la capacidad que tiene el autor para tomar la posición más acorde de acuerdo con la situación: el coraje de oponerse radicalmente en un primer momento, para poder hacer una crítica eficaz y demostrar la validez de una interpretación opuesta; la sobriedad para admitir luego que aún siendo opuestas, ambas tesis son pertinentes; y, la modestia científica para admitir que trabajos descomunales como el de Marx y el suyo propio, son sólo “trabajos preliminares”.

Quizá hay una lección adicional, la más sutil: una combinación de elegancia y a la vez de contundencia argumentativa: el autor ni siquiera muestra una excesiva preocupación en las primeras páginas del texto por hacer la crítica frontal a la universalidad de la idea marxista del determinismo de la infraestructura económica sobre la superestructura ideológica. Pero cuando ha avanzado en su argumentación, demuestra la validez de su punto de vista con una pregunta incontestable: “¿cómo se explica históricamente que en el centro máximo del desarrollo capitalista en el mundo de aquella época, en la Florencia de los siglos XIV y XV, el mercado de dinero y de capital de los grandes poderes políticos fuese considerado sospechoso desde un punto de vista moral, o simplemente tolerable, mientras que en el reducido ambiente pequeño-burgués de la Pensilvania del siglo XVIII (donde la economía, por falta de dinero, apenas había superado la fase primitiva del cambio de productos,

Jaime Carmona

Asesor internacional de la FUNLAM. Estudiante de
Doctorado en Psicología Social
Universidad Complutense de Madrid



GALATEA N.4
1971. Óleo sobre lienzo, 110 x 80 cms.
Enrique Grau

donde no existían huellas de grandes empresas industriales y donde los bancos poseían la más rudimentaria organización), la actividad “capitalista” constituía el contenido no solo laudable desde el punto de vista ético, sino incluso obligatoria?”[\[4\]](#). Tras lo cual agrega de una manera fulminantemente sobria: “Querer hablar a cuenta de todo esto de un “reflejo” de las relaciones “materiales” en la superestructura ideal, sería un craso contrasentido”[\[5\]](#).

El autor inicia su texto permitiéndole al lector participar en una tarea propia de toda investigación científica, a saber, la delimitación del sentido en el que abordará una de las categorías fundamentales de su ensayo: “el capitalismo”. Dicho trabajo de delimitación lo hace aportando definiciones llanas y a la vez precisas: “un acto de economía capitalista significa un acto que descansa en la expectativa de una ganancia debida al juego de recíprocas probabilidades de cambio; es decir, en probabilidades (formalmente) pacíficas de lucro”[\[6\]](#).

Una vez aporta su propia definición, sin explicitar nombres innecesariamente; muestra sus diferencias con otros teóricos –entre ellos Marx-, para quienes el capitalismo aparece por primera vez en Europa en cierto momento histórico: “la empresa capitalista y el empresario capitalista (y no como empresario ocasional, sino estable) son producto de los tiempos más remotos y siempre se han hallado universalmente extendidos”[\[7\]](#).

Esto le permite al autor introducir una precisión fundamental en la noción de capitalismo con la que va a trabajar: “una forma de trabajo que no se conoce en ninguna parte de la tierra, la organización racional capitalista del trabajo formalmente libre”[\[8\]](#).

Según Weber, el inédito en el campo de la economía que aparece en Europa y Norteamérica en el desquite de la Modernidad, acicateado por las conquistas de las ciencias exactas y naturales, no fue el capitalismo, sino una forma particular suya que el autor llama “la organización racional del capitalismo”.

Para ayudarnos a entender lo que esto significa, el autor prepara el terreno, advirtiendo en primer lugar sobre la multiplicidad de sentidos en los que se emplea la palabra racionalidad y mostrando como una forma particular de la racionalidad ha sido característicamente occidental, en distintos campos: el derecho, la música, la arquitectura, el estado... y, por supuesto, en la economía capitalista. “Se trata de un racionalismo específico y peculiar de la civilización occidental”[\[9\]](#).

Una vez hecha estas aclaraciones en las primeras páginas, el lector tiene ante sus ojos, como una fruta madura, no solamente una noción claramente delimitada, sino un problema de investigación que llama a ser resuelto: Si el capitalismo ha existido en todas las latitudes y desde tiempos inmemoriales, de dónde le viene al capitalismo occidental su carácter particular. Efectivamente, el autor explicita claramente el planteamiento del problema: “determinar la influencia de ciertos ideales religiosos en la formación de una “mentalidad económica”, de un *ethos* económico, fijándonos en el caso concreto de las conexiones de la ética económica moderna con la ética racional del protestantismo ascético”.[\[10\]](#)

Resulta tremendamente seductor para cualquier psicólogo –no sólo para los psicólogos sociales-, un problema así planteado. El psicólogo tradicional está acostumbrado a tratar en su consultorio con los efectos subjetivos y los síntomas propios de los ideales y la ética. Pues bien, el autor invita al lector a constatar con él, de qué manera, expresiones colectivas de ellos como el *ethos* y la mentalidad económica moderna, presentan rasgos en un todo semejantes a los de otro fenómeno social aparentemente ajeno, incluso opuesto en algunos aspectos al orden económico como la religión.

Una de las ventajas de este texto para el ejercicio de observación que estamos haciendo, del método de investigación y de presentación del resultado de una investigación, de un maestro en psicología social como Weber, es justamente la claridad con la que el autor expone al lector sus opciones metodológicas y expositivas. Así como se tomó el tiempo y el trabajo necesario para dejar claramente delimitada la noción de capitalismo con la que iba a trabajar, nos advierte a los lectores que con la noción de “espíritu”, más concretamente “espíritu del capitalismo”, va a ocurrir todo lo contrario: “la definitiva determinación conceptual no puede darse al principio, sino al término de la investigación; con otras palabras, sólo en el curso de la discusión y cómo resultado esencial de la misma, quedará claro cuál es el mejor modo de formular (o sea, el modo más adecuado a los puntos de vista que nos interesan) lo que entendemos por espíritu del capitalismo”.[\[11\]](#)

Esa decisión metodológica tiene que ver con una diferencia que hacían los autores de lengua alemana de comienzos del siglo XX entre dos métodos de exposición que llamaban “genético” y “dogmático”. En el método dogmático el investigador presenta los resultados sin dar cuenta de su proceso, mientras que el genético reconstruye el proceso para que el lector recorra el camino que él siguió para llegar a su hallazgo. Es lo que hace Weber con esta construcción conceptual más compleja y más problemática que el denomina “espíritu capitalista”.

Pero antes de acompañar al autor en el complejo recorrido que conduce de la ética protestante al espíritu del capitalismo, vale la pena que nos hagamos una pregunta. ¿De dónde puede provenir la elección inicial de la pregunta por la influencia de la ética protestante en la forma particular que toma el capitalismo occidental? En otras palabras: ¿por qué la pregunta no es por la influencia del estado, de la universidad, incluso de los rasgos que confieren a ciertos grupos la pertenencia a un pueblo o a una lengua -como era habitual en algunos autores de su época, preguntarse por “el espíritu del pueblo alemán”, por ejemplo-?.

También en esto el autor nos indica claramente su punto de partida: una observación

evidente para todo el mundo, que era objeto de debate público en su medio: "Un fenómeno que ha sido vivamente discutido en la prensa y la literatura católica y en los congresos de católicos alemanes: es el carácter eminentemente protestante tanto de la propiedad de las empresas capitalistas, como de las esferas superiores de las clases trabajadoras, especialmente del alto personal de las modernas empresas, de superior preparación técnica o comercial" [12].

También aquí tenemos una pista que nos puede ayudar a pensar cómo elegir un problema apropiado para una investigación en el campo de la psicología social. Si observamos con cuidado las citas de pie de página del texto, especialmente en el primer capítulo, veremos que no solamente era algo evidente y objeto de debate público, sino que ya se habían realizado investigaciones de tipo estadístico que mostraban esta coincidencia, pero no necesariamente llegaban hasta la explicación de la causa y mucho menos a la finísima ilación que hace Weber en su texto, que no solamente nos permite entender los efectos que tuvo la reforma en el naciente capitalismo, sino incluso en la configuración del ascetismo laico de los burgueses modernos.

Esta constatación de la que parte la investigación, nos permite entender el papel que tiene el contexto social del autor en su obra, y nos sugiere que los problemas de investigación para la psicología social a menudo son precisamente cuestiones de interés público que son objeto de infructuosos debates de prensa, que no logran ir más allá del señalamiento de "coincidencias" sin poder interpretarlas. Pero, por supuesto, la constatación de esta influencia del contexto social no agota la explicación del producto particular de la investigación weberiana. De hecho, las investigaciones monográficas en las que el autor se apoya no van más allá de la descripción del fenómeno. Para que una investigación de estas características fuera posible, se requería mucho más que los hechos sociales mencionados: era necesario un científico social con una sólida formación en los últimos desarrollos teóricos de su época, como el materialismo histórico, capaz de sostenerse en una sospecha y en una crítica racional de los mismos, y que luego pudiera articular esa sospecha con la observación de los fenómenos que le presentaba su medio.

Esta investigación que el autor llama empírica, tiene el carácter de una investigación documental. Para indagar acerca de la ética protestante y el espíritu del capitalismo el autor no realiza encuestas o entrevistas a representantes del clero o del mundo empresarial, sino que toma una decisión metodológica que la explicita y la justifica: "Recurriremos para ello a nuestro método de sistematización en "tipos ideales", siquiera en la realidad histórica sea difícil hallarlos. Pero es justamente la imposibilidad de trazar contornos precisos en la realidad lo que impone la exclusiva investigación de sus formas más consecuentes, como medio de captar de modo más seguro sus efectos específicos" [13].

El autor toma materiales de diversas fuentes, pero para situar la especificidad del espíritu del capitalismo recurre a una fuente inequívoca, un texto de Benjamín Franklin [14]; y para referirse a la ética protestante se apoya en "Los representantes históricos del protestantismo ascético (calvinismo, pietismo, metodismo, y las sectas nacidas del movimiento bautizante)" [15] y particularmente en sus textos fundamentales, verbigracia "La *Wesminster confesión* (1647)" [16]. "Los escritos de confesión de la iglesia reformada", de Calvino y otros similares.

La estructura del texto se organiza de acuerdo con lo que hemos dicho, en dos partes. La primera es definida por el autor como *El problema* y la segunda *La ética profesional del protestantismo ascético*. Podemos decir que en la primera parte el autor da cuenta del proceso de investigación y en la segunda sirve al lector sus resultados.

Weber dedica la introducción del libro a la reflexión sobre su concepción del racionalismo occidental y de la noción particular de capitalismo con la que va a trabajar, a la cual nos referimos anteriormente. La primera parte del texto se subdivide, a su vez, en tres capítulos. El primero se titula "*Confesión y estructura social*"; allí el autor realiza con el lector una observación de la coincidencia que señala en el título del capítulo, en distintos países de Europa, apoyado en investigaciones realizadas a propósito del problema.

El segundo se titula "*El Espíritu del capitalismo*". En él Weber logra hacer un fresco nítido del espíritu capitalista libre de las caricaturizaciones de sus críticos: "El "tipo ideal" de empresario capitalista, encarnado en algunos nobles ejemplares, nada tiene que ver con este tipo vulgar o afinado de ricachón. Aquél, aborrece la ostentación, el lujo inútil y el goce consciente de su poder; le repugna aceptar los signos externos del respeto social de que disfruta, porque le son incómodos. Su comportamiento presenta más bien rasgos ascéticos" [17]. También muestra cuáles fueron los factores psicológicos contra los que tuvo que luchar este nuevo estilo de vida: "aquella especie de mentalidad y de conducta que se puede designar como tradicionalismo" [18]. El autor termina el capítulo con la pregunta que se deriva claramente de los rasgos que ha delineado de espíritu capitalista: "necesitamos investigar de qué espíritu es hija aquella forma concreta del pensamiento y la vida "racionales" que dio origen a la idea de "profesión" y a la dedicación abnegada al trabajo profesional" [19].

El Tercer capítulo se titula *Concepción luterana de la profesión. Tema de nuestra investigación*. En el capítulo anterior, el autor reveló que la ética profesional, entendida como una vocación ascética incansable hacia el trabajo profesional, incluido por supuesto el producir dinero, es un rasgo definido del capitalismo. En este capítulo el autor iniciará indagando por el lugar de la palabra "profesión" en el pensamiento de Lutero, y demostrará que "la valoración ética de la vida profesional, constituye una de las más enjundiosas aportaciones de la Reforma y, por tanto, de modo especial de Lutero" [20]. Este aporte va a ser decisivo para entender luego el ascetismo de la ética profesional laica de los capitalistas modernos. También va a ser fundamental para entender una diferencia

fundamental entre la nueva ética protestante y la ética católica: "lo propio y específico de la reforma, en contraste con la concepción católica, es haber acentuado el matiz ético y aumentado la prima religiosa concedida al trabajo en el mundo, racionalizado en profesión" [21].

La segunda parte del libro se titula *La ética profesional del protestantismo ascético*, y se subdivide en dos capítulos. El primero se denomina *Los fundamentos religiosos del ascetismo laico*. En éste, el autor muestra el proceso complejo de la evolución de esta nueva ética hasta convertirse en el espíritu del capitalismo. Desde las primeras páginas entra de lleno en uno de los hallazgos más iluminadores de su investigación, a saber, el efecto combinado del dogma calvinista de la predestinación con valorización luterana de la profesión, sobre la moral protestante: "hallamos dos tipos de consejos característicos para la cura de almas: en primer término se prescribe el deber de considerarse elegido (predestinado para la salvación)... y la necesidad de recurrir al trabajo profesional incesante, único modo de ahuyentar la duda religiosa y de obtener el propio estado de gracia" [22]. El autor no deja de lado los profundos cambios psicológicos que conllevaron los dogmas y la nueva estructura de las iglesias protestantes: "El Dios del calvinista no exigía a sus fieles la realización de tales o cuales "buenas obras", sino una santidad en el obrar elevada a sistema... -luego agrega- no es por azar que se diese el nombre de "metodistas" a los adeptos del último gran renacimiento de las ideas puritanas del siglo XVIII" [23]. Al final del capítulo el mismo autor resume claramente "lo esencial para nosotros es la doctrina del estado religioso de gracia... cuya posesión no podía alcanzarse por medios mágico-sacramentales, ni por el descargo de la confesión ni por cualquier otro acto de piedad, sino tan solo por la comprobación en un cambio en la vida, clara e inequívocamente diferenciada de la conducta del "hombre normal" [24].

El segundo capítulo de la segunda parte se titula *La relación entre la ascesis y el espíritu capitalista*. Este es el último capítulo del libro, en el cual el autor relaciona el segundo capítulo de la primera parte con el resultado al que arriba en el primer capítulo de esta parte segunda. Como en el final de una partida de ajedrez cuidadosamente planificada, el autor muestra con argumentos claros y contundentes, la relación entre la ascesis protestante -devenida ética profesional laica- con una alta dosis de racionalidad, y el espíritu y expansión imparables del capitalismo: "El empresario burgués podía y debía guiarse por su interés de lucro, si poseía la conciencia de hallarse en estado de gracia y de sentirse visiblemente bendecido por Dios, a condición de que se moviese siempre dentro de los límites de la corrección formal, que su conducta ética fuese intachable y no hiciese un uso inconveniente de sus riquezas (la ostentación, el disfrute y el despilfarro)" [25].

Como ya lo dijimos al iniciar este artículo, esta obra de Max Weber es paradigma de investigación en psicología social, ya que muestra de qué manera un producto psíquico puede tener una incidencia fundamental en lo social. El autor es muy consciente de la particular significación epistemológica de su investigación: "así pues, nuestro estudio podría constituir una modesta aportación ilustrativa de cómo las "ideas" alcanzan eficacia histórica" [26].

[1] Las comillas son del autor

[2] Weber, M. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Ediciones Península. Barcelona 1977. Pág. 50.

[3] Op. cit. Pág. 262.

[4] Op. cit. Pág. 78

[5] *Ibid.*

[6] Op. cit. Pág. 9.

[7] Op. cit. Pág. 11.

[8] Op. cit. Pág. 12

[9] Op. cit. Pág. 17

[10] Op. cit. Pág. 18

[11] Op. cit. Pág. 41

[12] Op. Cit. P. 27.

[13] Op. cit. Pág. 115.

[14] Works ed. Spark", Vol. II, pag 87. Citado por Weber. M. Op Cit Pág. 44.

[15] Op. cit., 111.

[16] Op. cit., 118

[17] Op. cit. Pág. 71

[18] Op. cit. Pág. 57.

[19] Op. cit. Pág. 80.

[\[20\]](#) Op. cit. Pág. 93.

[\[21\]](#) Op. cit. Pág. 96

[\[22\]](#) Op. cit. Pág. 138

[\[23\]](#) Op. cit. Pág. 149

[\[24\]](#) Op. cit. Pág. 206.

[\[25\]](#) Op. cit. Pág. 252

[\[26\]](#) Op. cit.. P, 106

[INICIO](#) | [PRESENTACIÓN](#) | [EVENTOS](#) | [SITIOS RECOMENDADOS](#) | [STAFF](#) | [CONTÁCTENOS](#) | [CORREO](#) | [FUNLAM](#)

© 2004